**Domingo de JESÚS CRISTO, REY DEL UNIVERSO (25.11.2018): Juan 18,33-37.**

***“Amaos unos a otros”.* Lo contó así Juan. Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Hemos llegado al último domingo del año eclesiástico. Y en la liturgia de este día se nos leerá el texto del Evangelio de **Juan 18,33-37**. Este breve relato cuenta el primer encuentro ‘a puerta cerrada’ entre el gobernador romano Pilato y Jesús de Nazaret en las dependencias que Roma tiene en Jerusalén. El segundo encuentro de estos personajes sucederá en este mismo lugar como así lo cuenta en exclusiva este Evangelista en Juan 19,9-12.

Mientras dialogan, según este relato, Pilato y Jesús en el interior de la torre Antonia, fuera de este recinto están las autoridades religiosas judías ‘esperando acontecimientos’. Estas autoridades del Templo y de la Ley de Israel deciden no pisar el suelo pagano del Pretorio para no contaminarse y poder comer la Pascua como buenos judíos puros y cumplidores de la letra escrita, aunque contaminados en sus adentros por haber sentenciado a muerte al laico y galileo Jesús de Nazaret (Juan 18,28-32).

¿Qué deshumanizadora ironía, parece constatar este narrador, es esa que considera pecado pisar un espacio sagrado y, en cambio, condenar y ejecutar a una buena persona a morir en una cruz no es pecado? ¿Qué se entiende aquí por pecado? Este Jesús fue condenado por blasfemo y pronto nos dirá el Evangelista quiénes son aquí los blasfemos. ¿Quién se atreve a leer despacio y con sentido crítico Juan 19,13-16? ¿Por qué se le silencia al pueblo este dato?

Junto a esta realidad, me importa comprender cómo las autoridades de la religión y de la política han unido sus maneras de pensar y decidir hasta acabar con la vida de Jesús de Nazaret. Este hombre que es Jesús, según se nos ha escrito en el Evangelio de Juan, sólo decidió compartir una manera muy sencilla y explícita de pensar, creer y vivir: *“Amaos unos a otros, que en esto conocerán todos que sois mis discípulos”* (Juan 13,35).

Este fue el Evangelio de Jesús de Nazaret. Esta buena noticia chocó-choca-chocará siempre con cualquiera de las institucionalizaciones religiosas que se despiertan en los adentros de los humanos habitantes de este mundo. Por eso, este judío y laico de Nazaret comenzó el anuncio de su buena noticia con la denuncia radical del Templo judío descrita en Juan 2,13-25.

Creo que quienes se olviden de tener presente este inmenso contexto del Evangelio de Juan corren el serio peligro de interpretar equivocadamente este asunto de considerar a aquel Jesús de Nazaret como el Cristo Rey del Universo. Todopoderoso, que aunque no se diga, se piensa, se acepta y se cree. En esta realidad está creyendo el propio Pilato cuando pregunta nada más quedarse a solas con Jesús en la torre de su poder: *“¿Eres tú el Rey de los judíos?”* (Jn 18,33).

Si esto mismo es lo que se celebra en este domingo y en esta iglesia, creo que estamos volviendo a condenar al silencio y a la muerte a aquel Jesús de Nazaret que no deseó otro poder que extender su mano para compartirla con quienes extienden la suya para empezar a quererse como humanos y no con la autoridad esclavizadora de los mandamases.

**Lo repetiré para concluir este comentario y este año eclesial: Amaos unos a otros (Jn 13,35).**

**Domingo 52º de Lucas (25.11.2018): Lucas 24,1-53.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21).***

El narrador Lucas nos ha traído ya hasta el capítulo último de la primera parte de su obra que es ‘El Evangelio’ de Jesús de Nazaret. El mensaje de este vigesimocuarto capítulo necesitaría no una página de comentario sino cuatro, como mínimo. Una por cada gran apartado de esta narración de la experiencia de la resurrección del sepultado Jesús en quienes compartieron su vida, su misión evangelizadora y su persona.

Creo que el primer apartado (Lc 24,1-12) queda bien delimitado por la expresión inicial: *“El primer día de la semana, muy de mañana”*. En esta mañana cuenta el Evangelista la visita al sepulcro de las mujeres, en un primer momento, y la visita al mismo sepulcro de un solitario e incrédulo Pedro, después. En cambio, las mujeres creyeron cuanto oyeron de los dos hombres que anunciaban la presencia viva de la ausencia de Jesús: *“No está aquí. Ha resucitado”* (24,6).

El segundo acontecimiento narrativo se inicia con estas nítidas palabras: *“Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús...Y conversaban entre sí sobre todo lo que había sucedido...”* (Lc 24,13-35). El relato de este ‘camino de ida y vuelta’ sólo lo encontramos en este Evangelio de Lucas. ¿Acaso los otros tres Evangelistas ignoraron este acontecimiento? ¿Quiso Lucas imaginarse estos hechos para contarnos plásticamente qué es eso de experimentar la presencia viva de Jesús precisamente en la realidad de su ausencia histórica?

Guardo en este espacio pequeño del comentario la expresión final de este relato: *“Ellos contaron... cómo le habían conocido al partir el pan”* (24,35). Me encanta esta constatación de Lucas, porque a lo largo de todo este Evangelio no ha dejado de hablarnos de su Jesús de Nazaret como el hombre que compartió mesa, mantel y comida con tantos y tan variados comensales. Recordaré siempre el comienzo del relato que llamé ‘Lucas quince’: *Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban: éste acoge a los pecadores y come con ellos.*

Y esto es precisamente lo que nos vuelve a recordar el tercer apartado del capítulo (Lc 24,36-49): *“Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos... Como ellos no acabasen de creerlo... les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?”*. Este apartado se suele titular en negrita en las Biblias con la expresión ‘Apariciones a los apóstoles’. En ellas, dice Lucas que a su Jesús se le reconoce resucitado cuando se come con él (24,36-43) y cuando se habla de él (24,44-49): *“Después les dijo... Vosotros sois testigos de estas cosas”.*

El apartado cuarto y último (Lucas 24,50-53) del Evangelio de Lucas y de este capítulo es la narración de ‘la ascensión de Jesús’: *“Los sacó hasta cerca de Betania... Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó... y fue llevado al cielo”*. ¿Sabía Lucas dónde estaba ese cielo?

‘Se separó de ellos’, dice Lucas. Y este ‘ellos’ son los Doce, los seguidores, los de Emaús y, sobre todo, las mujeres. Me sorprende la decisión de ‘ellos’ que me evoca la primera escena del Evangelio con Zacarías en el Templo (1,5-25). Aquel Templo condenó a muerte a Jesús. Y a él regresaron sus seguidores. ¿Por qué? ¿Tiene sentido volver a él? No, dice el libro de Hechos.